



VERÓNICA MENGUAL DESCUBRIENDO A LISA KLEYPAS



2

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, abril 2020

© 2020 Verónica Mengual
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Descubriendo a Lisa Kleypas](#)

Descubriendo a Lisa Kleypas

El anuncio del estado de alarma por la COVID-19 había pillado a Mayca en la cama. Sola, sin batería en la tableta y con el único cargador de la casa roído por el perro. La joven se asomó al balcón. La policía estaba apostada en su portal haciendo un control de identificación. No podía saltarse el orden de confinamiento solo para ir a casa de su madre a por un cargador de repuesto, por mucho que la novela que tenía a medias la llamase a gritos.

Revisó las estanterías. Sostuvo en su mano y desechó rápidamente las diez primeras lecturas. Los libros que allí había eran todos teóricos, de cuando estudiaba derecho. Mayca siguió revisando y... ¡Un momento! ¿*Sucedió en otoño*? ¿Ese qué clase de libro era? ¿Quién era Lisa Kleypas? Y lo más importante, ¿qué diantres hacía un libro de... duques y *ladies* en su estantería?

La incertidumbre de tener un ejemplar de este tipo la hizo tener que sentarse en el sofá. Hacía tanto tiempo que no tenía un libro en sus manos, que la joven había olvidado el olor tan característico que desprendía un ejemplar físico. Leer en la tableta era como más cosmopolita, más moderno, más cómodo y ordenado.

La portada captó su atención. Se veía tan romántica y encantadora... No. Ese tipo de libros no era para ella. Apartó el libro a un lado. Ya se imaginaba que esa tal Lisa Kleypas, la autora de *Sucedió en otoño*, hablaría de tontos bailes, condes, duques o grandes señores arrogantes y muchachitas sin cerebro donde la única ocupación sería «cazar» un marido. No. Definitivamente, no. Ese tipo de lecturas era el que le gustaba a su madre, y a buen seguro, por algún olvido de esta, ese curioso ejemplar había acabado en su estantería.

¡Ay! Pero es que la portada se veía tan ensoñadora y romántica... Volvió a sostener el libro entre sus dedos. Lo acarició con suavidad. Ese estilo histórico no casaba para nada con su estilo de vida... Ella era una mujer moderna que hacía lo que se le antojaba con quien le daba la gana... Aun así...

Nunca sabría cómo, pero Mayca acabó devorando los primeros capítulos con un hambre feroz. Él, un duque, apuesto, seguro de sí mismo, arrogante y en ocasiones tonto. Ella, una señorita americana de buena familia a la que ni tan siquiera le gustaba él... hasta el primer beso, claro.

«¡Madre mía! Lo que leía su madre», pensó Mayca cuando llegó a la primera escena de sexo... vaya, vaya con la puritana mujer que se las daba de santurróna... y, ¡oye!, esa tal Lisa describía de un modo muy elegante un acto tan excitante... ¡Anda! ¡Y encima el duque se ha atrevido a dejar a la muchacha con ganas de más en medio de un jardín que parecía del Edén! ¿Cómo seguiría aquello?

Las páginas pasaron y pasaron. Mayca se sumergió en un mundo apasionante donde se imaginaba con un precioso vestido de encajes y sedas deslizándose sus pies por un elegante salón de baile, donde una orquesta de cámara tocaba en directo un dulce vals. Mayca sentía los brazos del duque sobre su cintura. Se veía admirando los labios de él al tiempo que pedía que la besara. Ese Marcus era magnífico, pero había en esa dichosa historia otro en discordia que... ¡Buah! Ella se quedaría sin dudarlo con el vizconde de St. Vicent. Sin ápice de dudas, porque Mayca se veía capaz de hacerlo entrar en vereda. La pobre Lillian, la protagonista de la novela, se veía de armas tomar, pero Mayca estaba tan segura de que la americana no podría transformar a ese

sinvergüenza... que apostaría su fortuna. ¿Apostar su fortuna? De dónde venía esa afirmación. Ciertamente la novela era contagiosa...

La historia avanzó y Mayca simpatizó con la heroína. Lillian había cogido una cogorza curiosa.

Sí, efectivamente, su madre tenía razón al decirle a Mayca que con el alcohol una debía tener especial atención. ¡La de temeridades que había cometido ella misma bajo los efectos de un cubata fresquito en pleno verano! Y sí, también las disfrutó al igual que estaba haciendo Lillian. Pero los pretendientes de Mayca resultaron ser, a diferencia del de la protagonista, unos sapos asquerosos, que si bien físicamente estaban requetebuenos, a nivel emocional eran... ¡Mejor olvidarlos!

¿Y ahora un secuestro? ¡Madre del amor hermoso! Esta novela que no quería leer tenía de todo.

El perro ladró y sacó a Mayca de la historia. Se había hecho de noche y se resistía a dejar el libro sin saber qué haría Marcus al respecto. El perro volvió a ladrar. Entonces Mayca dejó de lado el libro y se marchó en busca del collar del can para darle un corto paseo reglamentario.

Mayca bajó y subió por la escalera a la velocidad de la luz, pensando en la suerte que tenía de que el ordenador no necesitase de un cargador, porque ella iba a meterse en internet a averiguar si *Sucedió en otoño* formaba parte de una saga, tal y como sospechaba, y si el denominado lord St. Vicent tendría su propio libro, porque necesitaba conocer la historia de ese libertino encantador; y si Lisa Kleypas tenía más libros como el que se moría por concluir... ¡Por Dios! Lo que se había perdido hasta la fecha...

Después de comprobar que había material para dar y vender con la conocida como saga de las Florero, Mayca retomó el libro con temor. Deseaba conocer el final de la historia, pero a la vez no quería que terminase la novela. Hacía mucho tiempo que algo como aquello no le sucedía. Ciertamente estaba agotada de haber leído sobre multimillonarios que se enamoraban de cenicientas. ¡Agotada, celosa y furiosa!

Llamaron a la puerta y ella chilló con frustración. Estaba en lo mejor del libro. El perro volvió a ladrar. Se puso de puntillas y miró por la mirilla. El corazón comenzó a bombear fuerte. La última temeridad cometida bajo la influencia del alcohol estaba en su puerta. No iba impecablemente vestido ni se presentaba a lomos de un blanco corcel, pero el condenado venía más guapo que nunca y las rodillas de Mayca temblaron, como lo habían hecho las de Lillian cuando Marcus...

¡Dios santo! Una novela de época, mejor dicho, una novela de las de su madre, anclada en la época victoriana, había conseguido que ella estuviera pensando en darse un revolcón en medio de un jardín.

—Hola —saludó él cuando la tuvo delante.

—Buenas noches, milord. —Mayca apretó los labios cuando lo vio a él estrechar el entrecejo.

—¿Cómo has dicho?

—¿Qué quieres, Lucas? Estamos en confinamiento. No deberías estar aquí. —Sabía que había sonado brusca, pero le daba igual.

Él mostró una pequeña bolsa de viaje.

—Tal vez sea osado por mi parte, pero me encantaría pasar el confinamiento contigo.

«¡Vaya por Dios!», pensó Mayca. Con lo agustito que estaba ella con su novela histórica. Si su madre se enterase de que tenía pensamiento de comprar hasta el último libro romántico histórico que fuera similar al que estaba leyendo...

—No creo que... —No sabía cómo terminar la frase. El chico estaba bien. Se había divertido con él, pero no le apetecía nada tenerlo en su casa durante el confinamiento. Mayca lo observó. Esa mirada que él estaba poniendo... La verdad es que era guapo. Sus ojos verdes, su pelo corto moreno, su ancha espalda... Lucas bien podría ser un duque.

—¿Seguimos siendo amigos, Mayca? —Él no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Quedó claro que lo de la otra noche fue un error que no había tenido que suceder jamás. —La joven tragó saliva. ¿Eso que había cruzado el rostro de él había sido decepción? ¡Imposible! Los dos estuvieron de acuerdo en que el alcohol fue el culpable de la alteración en su relación.

Mayca y Lucas eran amigos. Muy buenos amigos, tan amigos que ella no quería empeñar la relación haciendo algo como lo que habían hecho hacía una semana. Estos días lo había evitado porque la situación era incómoda a más no poder.

—No sería la primera vez que pasamos un fin de semana juntos, Mayca. Lo hemos hecho en multitud de ocasiones —mencionó él, tenso como un edificio de cincuenta pisos.

—Yo... —Mayca estaba dubitativa. Por un lado, quería que todo fuese igual a antes de aquella noche, pero por otra ambos sabían que todo había cambiado. ¿Por qué lo tenían que haber complicado? Ciertamente haber roto con el sapo asqueroso de Tony fue un claro detonante para que ella se lanzase a los brazos de un buen samaritano. Sí. Justamente así era Lucas, un tierno respaldo sobre el que acurrucarse cuando algo iba mal... Y, claro... tanto, tanto se había acurrucado ella entre sus brazos, que al final sus labios se encontraron y los dos se metieron en el cuarto de baño de la discoteca para acabar dando paso a una lujuria salvaje y breve que los dejó saciados, pero a la vez avergonzados.

Las sensaciones al recordar aquella sórdida escena eran muy contradictoras. ¡Ella no quería estropear su amistad!

—¿Mayca? —Él la devolvió a la tierra porque estaba tan inmersa en sus cavilaciones que se había olvidado de que tenía que dejarlo entrar o echarlo.

—Había pensado en leer un rato. —Lo cual no era mentira—. Y luego acostarme. —Sus mejillas se tiñeron de rosa como lo habían hecho las de Lillian. Mayca maldijo interiormente al darse cuenta de que esa novela le había influido mucho más de lo que pensaba. ¿Desde cuándo tenía ella tendencia a ruborizarse al hacer mención a una cama? ¿Y por qué estúpido motivo imaginaba a Lucas tendido en la cama llamándola con un sutil movimiento de cabeza? Y lo peor de todo, ¿por qué diantres no paraba de imaginarlo como un noble enfundado en un traje elegante a lo Beau Brummell?

—Fantástico. Yo haré la cena. —Lucas se hizo hueco y entró. Mayca tenía justo en la punta de la lengua una réplica cuando él empezó a hablar—. No tengo batería en el móvil, Mayca, ¿dónde puedo cargarlo?

—¿Eso es un cargador Samsung? —preguntó ella mientras su corazón daba saltos de alegría.

—Claro, ¿ya no recuerdas ni la marca del móvil que tantas veces me has robado porque el tuyo se quedó muerto? —Él le sonrió de un modo que ella encontró adorable. ¡Un momento! ¿Adorable? De donde venían estos pensamientos y palabras tan desconcertantes... ¡Maldita novela de época que había calado en ella hasta extremos impensables! Mayca negó con la cabeza para sacar de sus pensamientos las escenas de Marcus y Lillian de su mente... en especial las eróticas, porque ese duque que la tenía conquistada comenzaba a tener la cara de Lucas en sus pensamientos y eso era demasiado peligroso.

—¿Mayca? ¿Te encuentras bien? —Ese que se parecía al duque le había puesto la mano sobre la frente—. ¿No me digas que te has infectado con el bicho?

—¿Bi...cho? —balbuceó ella mientras se dejaba frotar la frente con la mano tierna de él, y contemplaba sus finos labios.

—El coronavirus.

—No, por supuesto que no estoy enferma. —Ella se enfadó porque él había roto la magia. ¿Magia? Mayca volvió a negar. Tal vez estuviera enferma, pero la causa había sido ese tonto libro de duques y damas.

—¿Mayca? —Él se acercó más a ella para inspeccionarla—. Estás muy rara... ¿no será por lo de...?

—¡No! —lo cortó enérgica. No quería revivir aquello. Mayca se apartó de él. Por alguna extraña razón que no se atrevía a examinar, estar cerca de Lucas se estaba convirtiendo en un juego muy peligrosos. Su amistad era demasiado valiosa para ponerla en peligro. Los dos estuvieron de acuerdo después de... de... de... ¡Sí!, de aquello. Sus familias eran íntimas y la sana fraternidad que los dos habían alimentado durante tantos años, no era algo nimio para ponerlo en juego por una tontería como un polvo rápido.

—¿Está bien! —Él alzó las manos en señal de rendición. Lucas comprendía perfectamente que ese era un tema tabú. Decidió callar.

—Dame el cargador, por favor. —Mayca se lo arrebató de las manos. Él no opuso resistencia. Su amiga era muy temperamental y él estaba acostumbrado a dejar que se saliese con la suya. Sin embargo, había una cuestión sobre la que tenía mucho que decir y Mayca no iba a conseguir que él se rindiese tan fácilmente.

Ella salió directa en busca de la tableta para darle corriente. Se sentó de nuevo en el sofá cerca del enchufe y conectó el aparato. Amazon iba a recibir una visita y las novelas de la saga estarían en su poder en menos de lo que cantaba un gallo.

Lucas la vio tan absorta que la dejó en paz. Dejó con cautela su bolsa de viaje en el suelo, porque si bien en la casa había dos habitaciones, él se había cansado de acostarse en la cama que ella le había asignado cuando él se quedaba en su piso. Lucas se metió en la cocina dispuesto a preparar la cena.

Abrió la nevera. Al menos la comida nunca faltaba en casa de Mayca. Seguro que su madre le había hecho la compra. Para comer prepararía unos macarrones a la carbonara y había traído una botella de vino dulce que se llamaba El Novio perfecto. No es que fuera algo sutil, pero... ¿qué tenía que perder a estas alturas?

Mayca era dura de roer. Hacía siete días y diez horas que al fin la había tenido para él. Ella llevaba dos semanas muy tocada por la decepción de su último ligue. Lucas estaba a un paso de pedirle que se dieran un tiempo en su relación como amigos porque había llegado al límite de tolerancia ya. Eran muchos años sabiéndose enamorado hasta las trancas de ella, y no podía sopórtalo más. Pero aquella noche todo cambió. La música de la discoteca, un par de copas, un tema que la hizo bailar pegada a él y de pronto estuvo comiéndole la boca como un descosido y apretándola contra su cuerpo. Fue agónico pero placentero. Tórrido pero emocionante. La necesidad que sintieron ambos lo llevó a meterse en un cubículo de mujeres. Mayca acabó pegada contra la pared mientras él peleaba con la correa de sus vaqueros para meterse dentro de ella. ¿Preliminares? No hubo tiempo más que de besarla en la boca para tragarse los gemidos de ella

para hacer aquello un poco más discreto. A Lucas le importaba muy poco que los oyesen follar. Sí, aquello que hicieron no fue más que aliviarse. Él se quedó con ganas de más, de hacerle el amor. Desnudarla, lamerla y hablarle al fin de sus sentimientos.

Por descontado aquello fue imposible porque mientras los dos recompusieron sus ropas, Mayca dijo que lo mejor era olvidar lo que había sucedido y tratar de seguir donde lo habían dejado antes de que sucediera lo que acababan de hacer.

Él decidió callar porque no era el momento, pero estaba cerca, tan cerca que era capaz de saborear la victoria y ese triunfo no sabría esa vez a JB con cola. Mayca estaría lúcida, deseosa y, por Dios y por la Virgen, que ansiaba que estuviese en el mismo punto que él, de lo contrario su amistad sí iba a tener que terminar porque no podía seguir con esa amargura. Si la veía con otro imbécil cabrón, la asesinaría con sus propias manos. ¿Cómo podía estar tan ciega Mayca que no veía que él estaba coladito por ella y que era mejor que cualquier memo que había pasado por su vida?

Entre pensamiento y pensamiento, Lucas tuvo la cena lista y la mesa colocada. Nada de velas ni chorradas de esas. Mayca no era ni sentimental ni fácil de llevar, más bien todo lo contrario. La llamó tras veces. Ninguno de sus pedidos tuvo respuesta. Se levantó de la silla y fue en su busca al salón. Era tarde y esperaba que ella no se hubiera dormido en el sofá. Se acercó sigiloso y con curiosidad por saber lo que ella estaba leyendo en esta ocasión.

Se colocó detrás de ella sin hacerle sombra y su vista bailó por las frases. Lucas se sujetó a la pared más cercana porque casi le dio un síncope. ¿Mayca estaba leyendo una historia de las que le gustaba a su madre? Madre e hija habían discutido en infinidad de ocasiones porque ambas eran ávidas lectoras, pero una lo era de todo lo histórico —duques, condes, salvaje oeste, *highlanders*— y la otra leía sobre todo contemporánea y género erótico. Por supuesto, cada una defendía lo suyo a capa y espada y echaba por tierra el gusto de la otra.

Él se volvió a acercar. En efecto. Mayca estaba suspirando —sí, suspirando— por un duque. Y no solo eso, si no que su mano derecha estaba puesta en su corazón como si ella estuviera conmovida... ¿Tendría la COVID-19 potestad para cambiar tanto a una persona? Porque definitivamente a Mayca le sucedía algo y sería posible que tuviera que ver con la pandemia del presente siglo.

Lucas se quedó con la boca abierta cuando vio que Mayca lanzaba otro suspiro al tiempo que apretaba el libro para... ¿darle un abrazo?

En verdad él no sabía cómo tomar todo este descubrimiento. ¿Sería algo bueno para sus planes?

—Lucas, dame la tableta, por favor. Imagino que ya tendrá suficiente batería para poder leer.

—Tengo la cena hecha.

—¿Qué? —Ella lo miró a los ojos. Si Marcus existiera sería muy parecido a Lucas. Mayca lo había decidido mientras leía las primeras páginas de la novela.

—Los macarrones se enfrían.

—No tengo hambre. —No de esa clase. Estaba famélica por engancharse a leer la historia del demonio. Oh, sí. St. Vicent era el protagonista de *El diablo en invierno* y ella tenía mucha hambre de ese libro. Gracias a su amigo ya tenía en su poder un cargador para poder seguir con la lectura. No estaba dispuesta a parar para llenar el estómago. No, cuando necesitaba, como el aire, saber qué sucedía entre la joven tartamuda y el mismísimo diablo.

—Me da igual si tienes hambre o no. He hecho la cena y vas a sentarte conmigo a comer. ¿He

sido lo suficientemente, claro? —Mayca lo miró con los ojos abiertos de par en par. Algo en la expresión de él le recordó tanto a Marcus. Lejos de querer contestarle de mala gana por sus formas, se vio tentada a echarse en sus brazos... ¡Madre del amor hermoso! Esa autora la había corrompido, como dirían en una novela de época sobre una joven dama casadera como era ella misma. ¡Ay Dios mío! ¿Desde cuándo quería ser ella una joven dama casadera? Tiró el libro a un lado como si tuviera el coronavirus. Sería mejor alejarse de esas novelas por un tiempo y poner en orden sus ideas... sus prioridades.

Mayca se levantó y se fue directa a la cocina. Tomó asiento. Lucas hizo lo propio. Él sirvió un poco de vino. No quería que Mayca le echase la culpa al alcohol como la última vez que ellos...

El silencio lo estaba poniendo de los nervios. Por el contrario, ella estaba enfrascada en sus propios pensamientos sobre el libro que acababa de leer. Había saboreado tantas emociones que eran algo difícil de contener. Marcus. Marcus. Marcus. ¡Lo que daría ella por encontrar a alguien como él!

El duque había resultado ser tan diferente de lo que Mayca consideró en un principio. Ella sería feliz con un hombre tierno, apuesto, que siempre la antepusiera a los demás y que a la vez se mostrase siempre dispuesto a darlo todo por ella, por protegerla, por amarla.

Mayca removió un par de veces la comida de su plato al tiempo que se sostenía la cabeza con la mano izquierda.

Lucas estaba a punto de gritarle lo desagradecida que era ella cuando:

—Marcus, ¿tú crees que encontraré alguna vez a un hombre que me quiera?

Lucas contó hasta cinco para tragarse la ira que sentía. Mayca no era una desagradecida. ¡Era mala como la bruja de *El Mago de Oz*! Solo que su piel no presentaba un color verde.

—Lucas —señaló él molesto.

—¿Qué? —Ella se obligó a dejar de pensar en la historia de Lillian y Marcus.

—Me llamo Lucas. —Se negaba a contestar a la pregunta tan maliciosa que ella le había hecho.

—Claro que te llamas Lucas. ¿A qué viene eso?

—A que me has llamado Marcus y a que... de verdad ha sido una mala idea venir a tu casa. — Él lanzó la servilleta a un lado al tiempo que se levantaba. La gota que colmaba el vaso había derramado su santa paciencia. Hasta aquí había llegado. Era el momento de una retirada elegante porque de lo contrario ambos acabarían enemistados.

—¡Marcus! —gritó ella.

Mayca salió al trote detrás de su amigo. Él se dio la vuelta francamente molesto.

—¿¡Te estás burlando de mí!? —No fue su intención levantar la voz, pero ciertamente tenía muchas ganas de gritar.

—¡Por supuesto que no!

Él sostenía su bolsa en la mano izquierda y con la derecha estaba agarrando el pomo de la puerta.

—Sabía que cometía un error y aun así decidí venir para que no estuvieras sola.

Mayca lo agarró del brazo para impedir su salida.

—Marcus es el personaje del libro que acabo de leer y me ha dejado obsesionada. Perdona, no era mi intención menospreciarte, es que simplemente yo... —No se atrevía a terminar la frase porque era una cobarde.

—¿Tú qué? —la azuzó él.

—No sé... te llamé como él.

—¿Por qué? —Algo le decía que debía quedarse.

—¿Puedes dejar la bolsa y regresar a la cocina conmigo? —Él se tomó unos minutos y ella añadió—: Por favor, Lucas.

Él suspiró derrotado. Mayca tenía demasiado poder sobre él. Si ella fuera consciente de que lo tenía comiendo en la palma de la mano...

—Me quedaré si hablamos de lo que pasó entre nosotros, Mayca. —Era el momento de jugarse la última baza. No había nada que perder y sí mucho que ganar.

—Decidimos que...

—Tú decidiste, no yo.

Ella se encogió un poco por dentro. Él sonaba muy molesto. Enfadado. ¿Sería este el aspecto de Marcus cuando discutió con Lillian en su habitación después de que ellos...?

—La cena se enfría... ¿podemos comer primero? —¿Ella acababa de susurrar su petición como si fuera una súplica? Definitivamente haber leído ese libro no le iba a hacer ningún bien.

Él regresó a la cocina sin mirarla tan siquiera. Eso la irritó. No comprendía el motivo, pero saber que él estaba enfadado porque ella había pronunciado el nombre de otro le había estremecido el corazón. Y en estos momentos en los que él engullía su comida a toda prisa sin tener el detalle de entablar una conversación la estaba haciendo sentir menospreciada. ¡Ella quería su atención!

Mayca se sentía cohibida y tonta. ¡Si ella se había acostado con todos los hombres que había querido y nunca sintió timidez! ¿Qué le estaba pasando? ¿Estaría enferma? La COVID-19 no era porque su padre era médico y se había hecho la prueba, aun así...

Decidió beberse el vino que tenía en su copa. ¡Vaya! Estaba muy rico. Dulzón. Cogió la botella y se atragantó al leer «El duque perfecto». Abrió y cerró los ojos.

—Sí, se llama El novio perfecto. ¿Algo que decir al respecto?

Mayca negó con la cabeza. Veía duques hasta en la etiqueta del vino.

—Me lo imaginaba —expuso Lucas por lo bajo. Ella lo oyó, pero decidió no intervenir porque realmente no estaba preparada para...

Terminaron de cenar en silencio y se sentaron a ver una película de Netflix. Cuando pasó por las sugerencias su vista se fijó en *Orgullo y Prejuicio*. No había visto nunca esa película, pero sí conocía la historia de Jane Austen porque su madre siempre decía que era su libro preferido. Mayca decidió ponerla. Lucas no alegó nada, ni en contra ni a favor, pero a ella no se le escapó que él estaba sorprendido por su elección.

Y desde luego que sí. A medida que el film avanzaba, ella deseaba que el señor Darcy existiese en la vida real y que se le declarase del mismo modo que lo había hecho ante Lizzy Bennet. Esto no sería el coronavirus, pero sí algún tipo de dolencia que le había afectado. Entre otras cosas porque las cosas entre Lucas y ella estaban muy tensas y lo único que deseaba Mayca era apoyar parte de su cuerpo sobre el torso de su amigo y que él deslizase un brazo para arroparla. Desde luego no se tocaron durante la película. Hablaron poco y la tensión era tal que parecía que el ambiente se pudiera cortar.

Desconcertada le dio las buenas noches y se dirigió a su habitación.

Lucas la vio desaparecer y suspiró de nuevo derrotado. Esperaba que la cuarentena fuera larga porque iba a necesitar todo el tiempo que le dieran para poder llegar hasta ella.

Mayca se hizo un ovillo en su cama. Imágenes de Lillian y de Lizzy daban vueltas por su mente. Marcus, el señor Darcy... estaba descolocada. Nunca una novela de las que casaban con su estilo le había hecho dar tantas vueltas a la cabeza y desde luego nunca había fantaseado tanto con dos personajes masculinos como lo estaba haciendo en estos momentos.

Las horas pasaban y el sueño parecía rehuirla. Una vez más se encontró deseando que Lucas la estuviese abrazando... Mayca se tomó un minuto ante esta revelación.

¿Tan importante era su amistad para evitar que ella no se acostase con él cuando todo le indicaba que ansiaba meterlo en su cama?

Mayca pateó en la cama. No estaba bien tener estos pensamientos con él. Era su amigo, un fruto prohibido, ¿no? Si algo se torcía, las dos familias quedarían tocadas y hundidas. Había mucho en juego.

Lo que sucedió aquella noche, había estado muy bien. Sexo rápido carente de emoción alguna. Satisfactorio. Muy satisfactorio... Pero algo que no se debería volver a repetir. ¿Entonces por qué deseaba tanto volver a repetirlo? Pero esta vez con tranquilidad, con paciencia, con ternura, con deleite, con amor... ¿Amor? ¿Amor con Lucas?

Los pulmones de Mayca se quedaron sin aire con este último pensamiento. Tenía la boca seca. Necesitaba beber porque de pronto sentía que no podía ni respirar ni tragar.

Se había acostado con una camiseta y un pantalón de pijama de franela. De pronto lamentó no tener un bonito camisón de encaje como el que debía de lucir Lillian la noche de su boda. ¡Iba a matar a su madre por haber dejado ese libro en la estantería!

Entró en la cocina sin hacer ruido. Vio la botella de vino sobre el mármol. Tomó una copa y se sirvió una ración generosa. Se acercó a la ventana. Si el confinamiento no se levantaba pronto...

Nunca sabría cómo o qué la llevó hasta la habitación de Lucas. Tampoco descubriría jamás qué la impulsó a sumergirse debajo de las sábanas totalmente desnuda. Lo que sí recordaría por toda la eternidad sería la cara de satisfacción y bienvenida de Lucas cuando se posicionó sobre él para besarla como habría hecho Lillian con Marcus. Con pasión, con devoción y con un hambre voraz.

A la mañana siguiente, Lucas comprendió que nada había cambiado. Haber hecho el amor de forma sublime no le había impedido a ella decirle de nuevo que había sido un error y que no deberían repetirlo... Lucas mentiría si dijese que no estuvo tentado de mandarla a un sitio muy feo y salir huyendo de ahí.

Sin embargo, él no era un cobarde como ella, Lucas tenía un buen guía en la figura de ese tal conde de Westcliff, quien estaba intentado meter en cintura a una jovencita americana —en efecto él se había apoderado del libro y lo tenía fascinado— y lo más importante, el confinamiento se preveía largo y provechoso, porque él no era un necio y no desaprobaría la ocasión para conquistarla.

A Dios ponía él por testigo de que nunca volvería a pasar hambre a causa de Mayca... Está bien, está bien... eso era de *Lo que el viento se llevó*, pero también servía para ilustrar su empeño, porque Lucas tenía un largo y tortuoso camino que recorrer y Mayca no tenía escapatoria, ¿verdad?